

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:
El mundo descifrado

Autor/es:
Andrés, Ramón

Citar como:
Andrés, R. (1994). El mundo descifrado. Banda aparte. (1):23-26.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42134>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



El mundo descifrado

Un comentario sobre Georges Poulet

Ramón Andrés



No vaya a pensar el lector que el título del presente artículo es invención de quien lo escribe. Pertenece a Gracián, a la tercera parte de *El Criticón*. En dicho capítulo, el escéptico e incorformista autor advierte que la permanencia de lo real es ilusoria y mudable, porque de continuo está sometida a un proceso de subjetivación, esto es, de aprehensión ejercida a través de una conciencia individual. El mundo, su lenguaje, constitu-

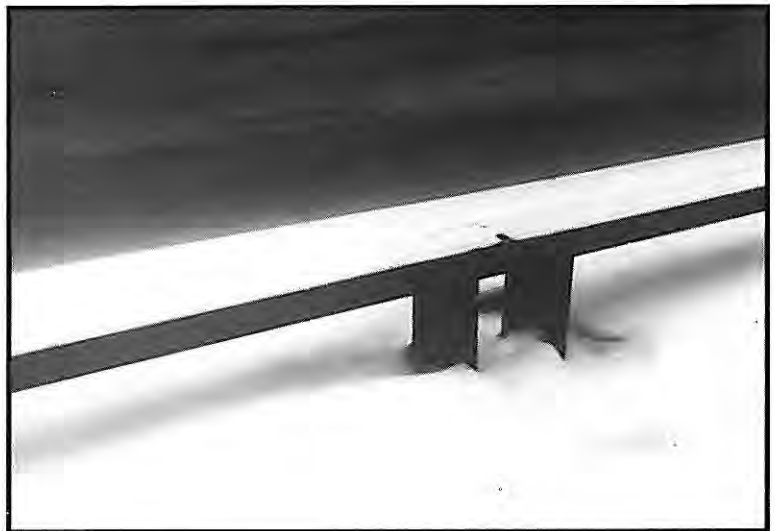
yen para los héroes Andrenio y Critilo un laberinto que se angosta buscando la salida: ellos no lo saben, pero se encuentran a las puertas de la razón, a punto de romper amarras con la fe. La cosmogonía del hombre moderno, que tiende a reducir lo exterior a su propia experiencia como explicación de lo real, responde a un pensamiento surgido a finales del siglo XVI, que, de hecho, no ha dejado de alentar la forma constitutiva de nuestra mentalidad.

Aquellas generaciones pesimistas sintieron la *terribilità*, un cansancio moral que les llevó a convivir con "un malestar solitario", que diría Ingeborg Bachmann. Respecto a ello, uno de los espíritus que mejor ha penetrado en el estudio de este proceso individual de reducción cosmogónica es el de Georges Poulet, quien indicó en más de una ocasión que todo lo que se halla fuera del ser humano no es más que una alegoría de la magnitud universal, pero, sobre todo, una metáfora de lo inalcanzable. Cree -cercano como pocos a la paradoja de Pascal o Monsù- que sólo un proceso de reducción, es decir, de traslación de la dimensión del espacio al microcosmos humano, ofrece la verdadera proporción interior del ser. "L'époque baroque", uno de los más lúcidos capítulos de *Les métamorphoses du cercle*, expone la evolución psíquica del "yo" moderno, tan proclive al monólogo, tan abstraído en su reflexión; sus páginas aparecen como el núcleo de su propia teoría, y por ello habremos de incidir en su discurso. Pero antes detengámonos en las palabras de Eugenio d'Ors, según las cuales afirmaba que la nuestra es también una época barroca,

sobre todo por el sentido de soledad y desarraigo, ya característicos de nuestro pensamiento. "Todo diálogo -aseveraba-, como símbolo de equilibrio, es propio de un espíritu clasicista, mientras que el monólogo es barroco por esencia, y todo barroquismo pertenece a la soledad".

Los movimientos racionalistas del siglo XVII, auténtico fundamento de nuestro presente, hicieron que sus impulsores tuvieran la certeza de que una reducción espacial comportaba también una reducción temporal: el hombre es una totalidad cronológica, un instante, un eje sin centro, la hipérbole de la nada. Porque, sin duda, uno de los conflictos de la humanidad -y el que más interesó a Poulet- es el problema del tiempo. Al respecto, sus *Etudes sur le temps humain* son un modelo de reflexión sobre este problema esencial que ha alentado mucha de la filosofía de Occidente. Hace algunos años Norbert Elias, en su ensayo *Sobre el tiempo* aseguraba que una de las dificultades con que topa la investigación en este campo es la

falta de una teoría evolutiva de la abstracción. Pues bien, en este sentido dirige su esfuerzo Poulet. Desde hace siglos la filosofía ha dejado de asociar los términos "existencia" y "duración", porque el tiempo para el hombre moderno es sucesión, fragmentación. Su destino ya no apunta hacia Dios, sino hacia la nada, hacia su finitud: lo que el autor de *La pensée indéterminée* denomina "permanencia intrínseca" se ha rendido



ante la razón. Deseo, por su interés, anotar al respecto una opinión emitida por Glenn Gould a la hora de analizar la estructura de las *Goldberg Variationen*, de Johann Sebastian Bach. Su conclusión es que la unidad temporal pertenece a un segundo orden, tal vez anecdótico, y que su verdadera formulación reside en una inexorable "inevitabilidad", en una idea pesimista de sucesión muy arraigada en la mentalidad occidental. El tiempo no dura, se sucede. Somos su desmembración. Pero es asimismo cierto que en las últimas décadas se ha cumplido un proceso de inversión: no sólo existe un devenir, como se pensaba en el siglo XIX, sino también un presente formulado como fractura de la totalidad temporal. Sobre este punto Poulet cree que únicamente así es posible humanizar lo inalcanzable y concebir el exterior, el universo, como una ordenación del pensamiento. "Le rêve de Diderot se réalise", escribió.

Pero nada escapa del contrasentido: lo que nos destruye, el tiempo, a su vez nos edifica, porque, por decirlo en términos bergsonianos, existir consiste precisamente en mutarse, en metamorfosearse -palabra tan estimada por Poulet como por su coetáneo Rousset- y autoasimilarse como orden de la rueda temporal. Y ya que surge el emblema

de la rueda temporal, ¿tenía razón Gracián al significar que el tiempo acaba en círculo? La continua transformación que el tiempo nos permite experimentar es el perpetuo suceder del que nos habló Pascal, esa forma de movimiento hacia ningún lugar, un *perpetuum mobile* condicional, que mientras dura garantiza una dirección, un sentido por el que discurre la existencia. Otro pensador "moderno", Gilles Deleuze, en el comentario de la *Chronique des idées perdues* de Châtelet, habla de "un devenir activo" que se resume, dice, en la esencia del movimiento, esto es, en el desplazamiento de una potencia; es el aristotélico movimiento natural "que va de lo colectivo a lo individual o a la inversa". Pero retrocedamos un poco. Si el exterior es traslaticio a nuestra cosmogonía, y desde un punto de vista filosófico ya no es inalcanzable, ¿significa que nos encontramos por primera vez ante una visión optimista del tiempo? Quizá tenga razón Fraser al subrayar que cada vez se hace más cuestionable la validez de cualquier teoría del conocimiento que observe un mundo escindido entre lo temporal y lo intemporal. Es, ciertamente,



incompatible con la concepción post-relativista de la vida: "ya no se puede seguir pensando el tiempo como un simple contraste con la eternidad. Nuestra época requiere una metáfora más rica, una nueva teoría que esté de acuerdo con nuestra visión del mundo, y que conserve asimismo un espacio para la dignidad del hombre". Aquí, precisamente, radica una de las claves del pensamiento actual, que ha venido formulando el destino temporal en contraste con la

eternidad. Es lógico, asegura Poulet, que otorguemos a nuestros actos, a nuestra existencia, el calificativo de "trágico": desde el siglo XVII somos el contrapunto de la perdurabilidad, cosa que sin duda ayuda a formular la certidumbre de nuestra nada. Invertiendo el problema, a la manera de Fraser, el tiempo también puede transformarse en una multiplicidad de intervalos no necesariamente dirigida al vacío, sino que está determinada a cumplir la unidad del ser. Ahondando en ello, Poulet se sirve idealmente de la percepción literaria de T.S. Eliot para demostrar que la valoración de lo lineal está en crisis. En *Les métamorphoses du cercle* subraya que el autor de *Four Quartets* construyó ante el "devenir infinito" de Montaigne una trama de imágenes, de fragmentos de memoria y tiempo situados en círculo y de tal modo que no conducen a parte alguna. No hay futuro ni pasado, porque el tiempo es "un desierto circular" en el que nada importa, "sauf le passage incessant et pour ainsi dire forcé de l'avant à l'après". Describe al poeta de Saint Louis como un hombre que, viajando cansino por la noche, cae en un charco y, lejos de advertir en el agua turbia la alegoría de su destino, de su fracaso, le refresca el rostro, tomando así conciencia del presente. Es la metáfora existencial de un hombre del siglo XX.

Esta reflexión es una de las constantes analíticas de Georges Poulet; por tal razón, cuanto es fragmentario y temporal adquiere un lugar determinante en sus escritos: busca en la filosofía, en la obra literaria, la imagen detenida, la suspensión, el gesto, como si aconteciera en los lienzos manieristas de van Haarlem o Fabricio Cierici. Los suyos son trazos indicativos de un mundo que cambia su unicidad por esa fragmentación -espacial y temporal- que lo conforma. En *Trois essais de mythologie romantique* nos dice que lo general se desintegra en lo individual, esto es, que el tiempo se desgrana en nosotros, asegurando que nuestro nacimiento únicamente se cumple cuando somos capaces de ubicarnos en el tiempo. Comentando las páginas de *Sylvie*, sugiere que Nerval se delectó aislando a sus personajes, a los cuales parece querer excluir del orden narrativo; cada uno actúa como si desatendiera una prioridad argumental, a pesar de que todo parece girar alrededor de un centro difícil de situar. Temiendo ser apartados, fluyen sin presente, son retazos, mundos correlativos, porque como nosotros, dice Poulet, los héroes de Nerval transcurren por separado, aunque de modo simultáneo. Con acierto Jean Starobinski indica en el proemio a *Les métamorphoses du cercle* que la especulación crítica de Poulet es, fundamentalmente, "une réflexion génétique".



Fotos: Mateo Gamón